

te: «Fulano se repite». Porque él puede probar que no repitió un solo pensamiento, una sola emoción, una sola sensación, una sola imagen; y es verdad. Pero... la personalidad se repite, y eso basta.

Ahora ¿quién tiene la culpa de este abandono envenenador de tantas vidas gloriosas? ¿El artista, consciente de estar hablando de lo que jamás trató? ¿El público, sabedor por presentimiento de cuanto puede aquella pluma enviarle ya? Lo hemos anotado: sólo la saturación. Consumada ella, no veremos ya en el nuevo libro del abandonado ciertos valores inéditos, o los distinguiremos apenas, obscura y flojamente, a través de una enervante bruma levantada por la saturación en nuestra atmósfera interna.

Este daño, por suerte, no se lo hace para siempre el escritor que satura. Aun la intoxicación pasa. La obra deja en el ambiente el zumo perdurable, abono con que la raza madura gracias a sus ascendientes selectos. La justicia se equilibra al fin, la posteridad paga, y vuelve. Sólo que esto ocurre cuando «el extraordinario» murió desencantado o se mantuvo preterido muchos años. Y en ello está cabalmente el drama, en esa gloria aventada, en el secuestro de esa dicha que una vez embriagó, en la esponja de hiel y vinagre estrujada sobre una vejez egregia y sola tras de tanta corte y tanta compañía.

No marchemos con los ojos puestos en la ruta de compañeros y maestros tan sólo por afán de emulación y competencia o tras la enseñanza estética y los medios para triunfar más o menos aprisa. Aprovechemos la advertencia. No saturemos.

Aunque hay casos en los cuales una personalidad muy original, muy diferenciada, poderosa y penetrante hace la saturación violenta y acaso inevitable, he podido yo discernir que el pecado de los grandes artistas de perdido favor y felicidad rota consiste, excepto algunos ejemplos de decadencia por vanidad o agotamiento, en haber sido ellos muy fecundos y no haber graduado las entregas de su personalidad. Ante el monstruo cariñoso, entusiasta y aclamador, pero de asimilación pronta y tedio fácil, ha de emplearse la prudencia, y aun la maña, y la malicia. Por la defensa del mañana, por no malograr esa dicha tras la cual vamos hoy, midamos el paso, sopesemos la colaboración en los periódicos, calculemos avaros las dosis que de nuestras almas vayamos esparciendo a los vientos de los hombres.

Siempre resultará preferible ser echado de menos y que, si alguno quedó hechizado por un libro nuestro, nos anhele mucho tiempo la nueva

palabra y se lamente y suspire ante nuestro callar. No dure nuestra vida más allá de nuestra gloria. Rehuyamos la consagración veloz. Consagración, ya lo sabemos, suele llamar el público analista y dirigente a su manera de cancelar con nosotros. Aun cuando fanatizamos al lector, el enemigo saturación socava escondido y sigiloso. ¡Ay de aquel a quien se le llegue a presentir que le resta por decir en lo futuro! El crítico capaz de usar su juicio como instrumento de precisión y de juzgarnos «dentro del tiempo» las realizaciones y las posibilidades, no siempre recuerda con oportunidad esta «cuarta dimensión». Es, además, un hombre de talento; y no se equivocaría tal vez quien dijera: el talento se mide por la capacidad de aburrirse.

Un amigo novelista me ponía en una carta frenética: «Usted en su tierra y yo en la mía, tenemos que lanzar muchas novelas, compañero». Otro me hablaba así: «Conviene que nuestra firma esté siempre bajo los ojos del público. Es olvidadizo y nos deja por los más trabajadores». Aparte de que trabajar mucho no significa mucho prodigarse, prefiero que la saturación de mis lectores se cumpla un poco después de extinguidos mis días sobre la tierra.

No esperamos una suerte excepcional. No la espere tampoco el genio. Antes bien, al genio de la obra, añádase el genio de la dosificación. El público, como inferior al genio, es vaso por lo mismo fácil de colmar y desbordar por él.

Yo, tan distante del genio, en cada ocasión que alguien me dice: «Quiero buscar todas sus obras», deseo fervientemente: «Ojalá sólo encuentre uno o dos!, y tras de mucho ansiarlas, tras de una prolongada distracción de su espíritu por escritores diversos». Disfruto así, además, de otro beneficio: la alegría ante la buena obra de mis compañeros. Ellos triunfando, llenan los espacios en que debo dejar al público descansar de mí; y yo, en retorno, recibo con amor sus éxitos y me ennoblezco deseando a muchos el triunfo.

Dura demasiado la vida del hombre si se mide por el cansancio de quien recibe sus libros. ¡Cuántas veces, al morir un gran poeta, se ha dicho en su elogio: «Hasta supo morir a tiempo!»

Y otros nombres afluirán a vuestra mente ahora—os estoy leyendo el pensamiento—engarzados en este cálculo: «Si se muriesen hoy, saldrían ganando, se salvarían de la saturación, que ya para ellos empezó y avanza».

Hay todavía la saturación de sí mismo. La eterna queja de «¡el dolor de pensar!» no es sino una forma de auto-

saturación. Nuestra tendencia espiritual, el conjunto de nuestras inquietudes peculiares, el procedimiento acostumbrado en nuestro propio discurso nos impregnan, nos hastían, nos pesan como el pecado original. Constituyen nuestra personalidad, que ha de repetírse nos por fuerza más que otra alguna. Precisa hallarse muy vendado por el orgullo para no cansarse en cierta hora de sí mismo. ¿Nunca os llenó de tedio insufrible vuestra voz escuchada de repente en la conversación?

Sí; el fruto del árbol de la ciencia ejerce su maldición dentro del yo, sólo allí se trueca en el dolor de pensar y saber. Si lo buscamos allá adonde no va nuestro pensamiento, si lo miramos en una máquina moderna, por ejemplo, en la prensa casi pensante del periódico, nos subyuga por asombro. Ya no es ponzoña maldita de la serpiente: es don bendecido de Dios.

Todas estas novedades estridentes del arte ultraísta acaso hayan nacido del exceso de producción realizado en nuestra época.

La fecundidad sin cautela, creámoslo, deja de significar virtud desde el momento en que a unos lleva al hastío y a otros al dolor de sentirse preteridos. No hagan caso los niños al papagayo profesor de literatura, que saca su eterno ejemplo de aquel gran majadero cuyas obras «en menos de horas veinticuatro pasaron de las musas al teatro». Sólo somos, a la postre, el autor de uno o dos libros. A Lope no debemos sino *Fuenteovejuna*. Y la mucha fecundidad representará un valor—y relativo—en vuestro provecho, acaso únicamente después de vuestra muerte, cuando os juzguen sin el temor de que volváis a hablar...

Bien; paradojas aparte, no escribamos sino cuando realmente tengamos algo que decir, y, además, cuidemos de llevar nuestra producción al público más bien alargando el camino, como alarga el buen amor el placer de su doncella. Llegar a los sesenta con una gloria mustia y caducada, equivale a andar con nuestro cadáver a cuestas.

Y cuando restuenen en nuestros oídos el alerta de que la fecundidad incauta y prodigada con vehemencia tiene triste el mañana, no nos empeñemos en buscar un acomodaticio y consolador mentís. Nos encariñamos con la producción numerosa, una lista nutrida de libros bajo nuestro nombre nos halaga, seduce y engríe; mas todo ello es traición del sentimiento. Hace falta siempre un poco de dureza cerebral sobre las blanduras del corazón. ¿Acaso la realización de nuestro arte no nos ha enseñado que se da eficacia al sentimiento aliándolo con un poco de cerebro, tal como en la buena mo-